

JORGE VEGA MÉNDEZ

# LA RIQUEZA DE LOS MÁS POBRES

*La belleza de un mundo invisible*



**LUMEN COR**  
*El Corazón es la Luz*



Paulinas

## PRÓLOGO

“Quien no necesita al prójimo”, decía mi padre citando a Aristóteles, “es un animal o un dios”.  
Amos Oz, *Una historia de amor y oscuridad*.

Si los libros son siempre una invitación a un viaje, el pasaje de ida a un lugar incógnito del que casi nunca hay retorno —porque de los libros y de los viajes no volvemos siendo los mismos—, estas páginas nos proponen una travesía por momentos incómoda, pero siempre necesaria.

Es, en parte, la historia de Osqui, de Mauricio y de tantos otros hombres, mujeres y chicos que a diario nos cruzamos en las veredas, esquinas y plazas de la ciudad de Buenos Aires y de casi todas las ciudades del país (porque para encontrar esas soledades, nunca hay que ir demasiado lejos). La del pibe que hace malabares en la esquina, el viejo que duerme en un banco de plaza, la mujer que deambula hablando sola entre las mesas de un café, la nena que nos deja una estampita sobre la falda en el subte.

¿Cuántas veces los cruzamos y nos preguntamos cómo llegaron a estar donde están? ¿Cuántas veces los cruzamos y no nos preguntamos nada? Nos quedamos en el miedo, la mirada esquiva, el paso apretado, el cruce de vereda, la ventanilla que se sube, la puerta que se traba, el escarbar en un bolsillo en busca de un billete o el clásico “hoy-no-tengo-nada”. Son los marginados, los incómodos, los excluidos del sistema o, como mejor los describe el autor, los que nunca estuvieron incluidos.

Decir que Jorge Vega nos empuja a salir de nuestra zona de confort para asomarnos a una realidad que solemos esquivar sueña a lugar común. Pongámoslo así: la invitación implica mirar de frente la oscuridad de lo que subyace. Asomarnos a las niñeces dinamitadas por la violencia y la exclusión; a las familias atravesadas por la pobreza y la falta de oportunidades; a los padecimientos psíquicos sin ningún tipo de atención; a las drogas, la topadora del todo; a los vínculos rotos; a la cotidianidad de los que perdieron techo, trabajo, salud, amores y terminaron perdiéndose a ellos mismos.

Pero aun en ese desasosiego se cuele la luz. Primero ínfima, imperceptible, esquiva. De a poco, la entrega de quienes deciden hacer de ese dolor su causa empieza a ganar espacio. Porque esta es también la historia de un joven —el autor— que se despojó de los mandatos (el traje, el trabajo en microcentro, *el-futuro-prometedor*, la familia así y asá, y todos los etcéteras) para entregarse por entero a una misión que muchas veces parece una batalla perdida de antemano. Un joven que motorizó una obra de la que hoy participan muchos otros —jóvenes y no tanto—, y que lo trascenderá: la Fundación Lumen Cor.

Desde hace más de una década, Lumen Cor trabaja para “ganarle a la calle”, una tarea titánica e invisible. En estos años, asistió a más de 1.500 personas con sus programas: desde la Red del Posadero, que funciona en parroquias porteñas y cuenta con equipos interdisciplinarios de psicólogos, médicos, enfermeros, asistentes sociales y terapeutas ocupacionales; hasta las “mañanas de caridad”, en las que se sirve el desayuno en parques y plazas como un primer intento de tender lazos, de empezar a trazar y compartir un camino largo, larguísimo, frustrante y agotador.

“Ganarle a la calle”, como nos muestra Jorge con estas historias, es infinitamente más que conseguir un techo, una ducha

caliente, ropa limpia e incluso un trabajo. Es ganarle a las puertas que se cierran todo el tiempo, a la escasez de recursos y de políticas, a la falta de articulación entre actores claves, a los prejuicios, al autoboicot de quienes no esperan nada de nadie porque nunca nadie les dio nada.

Es entender que el resultado será siempre incierto. Si para criar a un niño se necesita una tribu, para ganarle a la calle hace falta lo mismo y algo más: el acompañamiento a prueba de todo, la entrega absoluta. Tirar la frustración y el ego por la ventana. Aferrarse a los logros cotidianos. Sostenerse en los que trabajan por lo mismo. Y confiar en la capacidad de los seres humanos de reconstruirnos desde la nada.

Pero este libro es, sobre todo, un viaje a nuestro interior. Nos golpea en la cara con esa pregunta que todos nos hacemos (¿o deberíamos?) en algún momento: cuál es nuestro propósito. O, planteada más simple: qué vinimos a hacer en este viaje con fecha incierta de final que llamamos vida, en este lugar y tiempo que nos tocó. O, formulada de otra manera: qué nos gustaría que quede de nosotros cuando ya no estemos, cuando seamos solo recuerdo o ni siquiera eso.

Es, por último —o primero que todo—, una travesía a la esencia del ser humano, con sus miserias y sus riquezas. Una invitación a volver a lo simple. A eso que solo descubrimos en el encuentro auténtico con los otros. Cuando nos damos cuenta de que, al fin y al cabo, y como le dijo Mauricio al autor de estas páginas: “El amor cura, hermano”.

**María Ayuso**

## PREFACIO

### *Compartir, la lógica de LumenCor*

*“Cuando todo comenzó, Vos y yo, estábamos íntimamente unidos. Yo te buscaba ardientemente, en las largas noches de Adoración, mientras elevaba mi canto hasta el cielo. Te pido por favor, mi Dios, que estas palabras sean un reflejo de aquel Amor”.*

Antes de comenzar a escribir, elevé esta plegaria al cielo, para tratar de que el Espíritu Santo me guíe al escribir estas páginas. No sé bien cuándo todo comenzó, pero sí sé que siempre me gustó ser “luz” para los demás desde niño. Siempre me gustaba guiar a otros, conducirlos por el camino de la verdad, que pudieran desarrollarse y desplegar su potencial. Así, muchas veces, elegía a los peores alumnos para formar los equipos de trabajo.

Mi madre me preguntaba: “¿Por qué elegís siempre a los peores? Tenés que rodearte de los mejores, ellos te van a ayudar a ser mejor”. Nunca supe qué responderle, pero hoy tengo la respuesta. Me rodeaba de los peores, para ayudarlos a ser mejores. Siempre me ponía en último lugar, y aun sabiendo de mis cualidades, siempre le daba la oportunidad, primero, a otro, de “lucirse”, de poder mostrar su talento, de sentirse mejor sabiendo que había podido alcanzar la meta. Mi satisfacción era verlos sonreír, a aquellos que creían que no podían, a aquellos de los que todos se burlaban, porque no podían, a aquellos en los que los profesores no confiaban.

Un día, un profesor, ya en la universidad, se enojó conmigo y me dijo: “Vega, ¿por qué dejó el lugar a otro? Ese era su lugar,

usted era el más calificado para esa tarea”. Y ¿por qué lo hice? Simplemente para darle la oportunidad al otro de desarrollarse, de encontrarse a sí mismo en esa tarea, de sentir que había podido alcanzar la meta. A mí me dolía ocupar el último lugar. Debo reconocerlo. Cada vez que daba el lugar a otro, era un sacrificio. Darle el lugar al otro, para que el otro pudiera crecer. Ahora, que analizo mi vida, me doy cuenta de que fue una sucesión de continuas “renuncias”.

La renuncia más grande se presentó cuando sentí en mi corazón que Dios me pedía que creara LumenCor. Yo sabía que implicaría renunciar a mí mismo, a mis espacios, a mi tiempo, a mis fuerzas, a mi juventud. Dejé toda mi vida y más por mis hermanos en situación de calle. Mi renuncia era continua, y hasta sentí el dolor en mi cuerpo y en mi corazón.

Me “estiré” hasta más no poder; puse a prueba todas mis capacidades y superé mis límites. ¿Para qué? Para ayudar mejor a los pobres, para agradecer más a Dios, para acercarme al modelo de perfección que Él tenía en su mente cuando me creó; para poder cumplir mejor Su Voluntad, para ser un fiel reflejo de la imagen que Dios tenía de mí en Su Corazón. Yo quería parecerme más a ese “ideal”.

Sin embargo, nada de todo esto fue planificado. Yo no soy el autor de LumenCor. Fue Dios el que guio cada paso, fue Dios el que me “susurraba” el libreto al oído, el que me pedía que abriera mi corazón, cada día, un poquito más. Y así fue creciendo esta familia de LumenCor. ¿Quiénes somos nosotros? Ni yo lo sé. Creo que un montón de personas que están unidas en Cristo. Creo que, en el fondo, aunque no lo digamos, todos estamos unidos a Él, y eso es lo que nos mantiene tan fuertes. No estamos unidos entre nosotros, estamos unidos a la Vid (Jn 15,1-8). Si estuviéramos unidos entre nosotros, nuestra obra ya hubiera perecido, por las

rupturas, por las peleas, por los celos; ningún grupo humano está exento de las miserias del hombre. Pero, a pesar de todo, seguimos unidos porque estamos unidos a Dios. Él es el motivo de nuestra unidad. Quizás LumenCor también significa eso: “Unidad”.

El primer lema de LumenCor fue: *“Para que la ayuda de uno, sea la ayuda de todos”*; eso implicaba que todos estaríamos unidos, bregando juntos por una misma caridad, en una continua comunión de corazones. En la práctica, ese simple mensaje se traducía en que cada uno, y sus dones, se pondrían al servicio de los demás, para que esa pequeña ayuda se multiplicara. La caridad, ese amor que provenía de nuestros corazones, se enriquecería con los talentos y el amor de los demás. Mi ayuda, entonces, estaría al servicio de todos.

Esa lógica estuvo siempre presente en LumenCor: el conocimiento, los dones, talentos y carismas, y hasta el esfuerzo de cada uno, estarían a disposición de todos los que formamos parte de LumenCor; por eso “uno” tenía la fuerza de todos; por eso la ayuda de uno representaba la ayuda de todos. Poner en común, esa era la premisa. “Compartir” era la lógica de LumenCor.

## *El Secreto del Amor*

LumenCor es un corazón que se hace más grande al abrirse al amor de los más necesitados. Nuestro amor es la luz que los guía, que les muestra el camino en este mundo tan oscuro y lleno de dolor. En LumenCor he descubierto que el Amor de Dios vive “oculto” en los corazones de aquellos que son ignorados en las calles; ellos guardan un tesoro invisible a los ojos de la sociedad: ellos me develaron el secreto del amor.

Con absoluta simpleza, han desnudado su alma, me han enseñado a amar, y el perfume de su amor ha inundado mi vida; ellos me han obsequiado su más grande tesoro: su corazón. Su amor hizo que mi alma se iluminara y desbordara de alegría. Solo aquellos que saben mirar con el corazón, pueden descubrir el tesoro que se esconde en los más pobres: en sus ojos veo reflejado el Amor de Dios.

La alegría de los más pobres se debe a que ellos son felices con pequeñas cosas. Al adentrarme en sus vidas pude ver el mundo a través de sus ojos, y una inmensa dicha llenó de luz mi corazón, sanando mis heridas y volviendo fértil la aridez que había en mi alma. LumenCor me hizo descubrir esa “lucecita” escondida en el corazón de los más pobres, que me liberó de la prisión interior en que vivía.

Nuestros *hermanos más pequeños* (Mt 25,40), guardan un tesoro invaluable en su corazón: la luz del amor. Eso significa LumenCor: *Luz del Corazón, Luz de Amor*. Esa pequeña luz que ellos me han brindado, es ahora también mi luz, y guardo ese regalo como un tesoro, que comparto con otros hermanos misioneros,

para que descubran que el Amor de Dios se esconde, como una inagotable fuente de riqueza, en el corazón de los más pobres.

Ellos son inmensamente ricos porque poseen algo que no se puede comprar; ellos me han develado el secreto del amor, sin pedir nada a cambio. El amor es el tesoro más grande que existe sobre la faz de la tierra, quien lo encuentre habrá hallado la verdadera felicidad. ¡Ese es el secreto! No se necesita nada para ser feliz excepto amor.

Quien tenga el valor de abrir su corazón a los más pobres, descubrirá este tesoro: la luz del amor se esconde en un corazón humilde. Por eso allí también reside Dios, porque Él no busca lugares lujosos para hacer su morada, sino un corazón sincero y sencillo. Él habita en los pequeños corazones de los más pobres; prueba de ello es que el mismo hijo de Dios nació en un pesebre, rodeado de pastores (Lc 2,8-20); quien se acerque a los pobres, para tenderles una mano verá que él es el mayor beneficiado: se llenará de luz y de gozo; se sentirá tan amado y bendecido por Dios, como si, de pronto, un manto de gloriosa ternura lo envolviera.

En LumenCor administramos los sueños de muchas personas; esa es una gran responsabilidad, porque la vida está hecha de sueños, y sin sueños morimos un poco cada día. En LumenCor alimentamos sueños, juntos transformamos vidas, construimos esperanza; nuestro sueño es “ser familia” para todas las personas que viven en la calle. Y este sueño no sería posible, sin el trabajo y el esfuerzo de cada uno de los voluntarios que forman parte de LumenCor; sin ellos no sería posible esta gran obra de amor.

## *Aceptar el regalo de Dios*

Una noche de verano, miré hacia atrás y me pregunté qué había hecho yo para merecer el inmenso regalo de LumenCor. Enseguida, recordé una escena de mi vida, que poco entiendo. Esto sucedió hace más de 10 años. Yo estaba viajando en micro; me dirigía hacia la pequeña localidad de Laprida, en la Provincia de Buenos Aires. Me habían enviado allí, en representación del Banco Central de la República Argentina, donde trabajé durante casi 15 años, para coordinar un stand móvil de educación financiera.

Lo curioso fue lo que me ocurrió en el viaje de ida, que duró más de diez horas, parando en todas las localidades vecinas. En una de esas tantas paradas, subió un grupo de estudiantes. Eran unos jóvenes de entre 16 y 18 años. Uno de ellos, se me acercó, sin conocerme, y me preguntó: “¿Me puedo sentar acá?”. El asiento estaba libre. Yo estaba viajando solo. “Sí, claro, sentate”, le dije.

El joven comenzó a hablarme de Dios. En un momento, estiró su puño cerrado, y me dijo: “¿Lo querés?”. Yo me quedé en silencio y lo miré. Entonces, volvió a preguntarme: “¿Lo querés?”. “¿Qué cosa?”, le dije. “Es un regalo de Dios”, me respondió. “¿Un regalo de Dios?”, le pregunté. “Sí, sí, un regalo. Dios tiene algo para regalarte. Pero, depende de vos, que lo aceptes. ¿Lo querés?”, volvió a insistirme.

La escena era un tanto extraña, pero la mirada del joven tenía un brillo especial, como desafiante y, a la vez, con un grado de profunda humildad. Entonces, le respondí: “Sí, claro, lo acepto”. Entonces, abrió su mano y me dijo: “Es tuyo. Ahora te toca

descubrirlo”, y se fue. Nunca entendí esa escena en mi vida. Pero, hoy, mirando hacia atrás, y viendo la gran obra de LumenCor, y los cientos de personas que hemos ayudado, transformando sus vidas, pienso que quizás yo no hice nada especial para merecer LumenCor. Simplemente, haber aceptado el regalo de Dios.

## PARTE I

# CASTILLOS DE ARENA

## Constructores de sueños

*“Entonces, ¿por qué construimos castillos de arena?  
Porque tenemos una ilusión, una esperanza,  
porque nuestro objetivo es darles amor, verlos felices,  
convertidos en hermosos castillos de arena,  
a lo largo y a lo ancho de toda la playa.  
Toda nuestra vida está en las manos de Dios,  
no somos más que arena en sus Manos,  
y volveremos a Él, junto con la marea,  
cuando caiga la noche”.*

## CAPÍTULO I

# UNA DIALÉCTICA DE AMOR

## LumenCor cambia la vida de las personas

*“Entonces, tuve esta visión: vi a cientos de niños en la playa construyendo castillos de arena, mientras caía la tarde; ellos no estaban pensando en que sus castillos se derrumbarían. Simplemente ponían toda su atención en que cada castillo fuera perfecto”.*

## *Castillos de arena*

Aquella fría noche de invierno, Georgie me dijo: “Vos construís castillos en la arena”. “¿A qué te referís?”, le pregunté. Pero, él se quedó en silencio. Cada persona que ayudábamos a salir de la calle, poniendo todo nuestro esfuerzo para edificarla, tratando de fortalecerla, revistiéndola de amor, era como un frágil castillo de arena, que corría el riesgo de desmoronarse en cualquier momento; lo adornábamos como el castillo de nuestros sueños, al igual que un niño construye un castillo en la arena, con entusiasmo e ilusión, hasta diría con pasión; pero, luego, en la gran mayoría de los casos, ese castillo se desvanecía en nuestras manos.

Nosotros lo cuidábamos, le dábamos su forma, lo moldeábamos con amor y ternura; sin embargo, conocíamos su fragilidad, su vulnerabilidad, y sabíamos que, probablemente, ese sueño se convertiría en “arena”. Tratábamos de que las “olas” del odio, las adicciones, y el resentimiento, no lo destruyeran, pero, a menudo, era en vano. El mar de sus angustias se llevaba todo lo que habíamos construido; nos apresurábamos a construir ese hermoso castillo de sus vidas, deseando que nunca llegara la noche, que nunca subiera la marea, porque sabíamos que esa “marea” podía ser mortal, y destruir todo lo que habíamos creado con tanto amor; pero aun así seguíamos trabajando incesantemente, cada día, cada noche, construyendo castillos en la arena.

¿Por qué lo hacíamos? ¿Por qué lo seguíamos haciendo? ¿Por qué invertíamos tanto tiempo en aquello que era tan frágil y vulnerable? Una sola respuesta viene a mi mente: ¡Por amor! Una vez, un sacerdote me dijo: “Lo suyo, Vega, es la pastoral de la frustración”. ¿Y qué si así lo era? Entonces, tuve esta visión: vi

a cientos de niños en la playa construyendo castillos de arena, mientras caía la tarde; ellos no estaban pensando en que sus castillos se derrumbarían. Simplemente ponían toda su atención en que cada castillo fuera perfecto. ¿Y por qué lo hacían? ¿Por qué construían castillos de arena, con tanta ilusión, sabiendo que la marea se los llevaría? Quizás porque el objetivo no era que el castillo sobreviviera, sino que el castillo se convirtiera en un reflejo de su amor, por el tiempo que Dios y la naturaleza lo quisieran.

Nuestro objetivo es el mismo: amarlos, sin saber si se desmoronarán o no; aun sabiendo que, quizás, al día siguiente, tengamos que construirlos de nuevo; pero siempre con la esperanza de que, algún día, ellos puedan construirse a sí mismos. ¿Acaso no somos todos como pequeños castillos de arena, en las manos de Dios? Nuestra naturaleza frágil y efímera, puede compararse con un castillo de arena, en el tiempo infinito para Dios. Quizás, esos niños de mi visión, son como cientos de ángeles, que construyen a diario los “castillos de la vida” de cada uno de nosotros, sabiendo que habrá un ocaso; pero a ellos no les importa el tiempo, sino más bien decorar con todo su amor cada castillo, aunque la vida sea efímera.

Entonces, nuevamente, ¿por qué construimos, nosotros, castillos de arena? Porque tenemos una ilusión, una esperanza, porque nuestro objetivo es darles amor, verlos felices, convertidos en hermosos castillos de arena, a lo largo y a lo ancho de toda la playa. Eso es lo que hacemos: ¡Servir a Dios! Y, al caer el sol, al llegar al ocaso de nuestras vidas, sabremos que hemos puesto todo nuestro amor en construir una vida, un castillito de arena, al igual que un niño, con amor y alegría. Toda nuestra vida está en las manos de Dios, no somos más que arena en sus Manos, volveremos a Él, junto con la marea, cuando caiga la noche. Sé que esos castillos de arena le agradan a Dios; por eso seguimos construyéndolos cada día.

Esa misma noche, Angie me dijo: “LumenCor cambia la vida de las personas, no solo la de los asistidos, también la de nosotros, los voluntarios. Tenelo siempre presente. Mi mamá está feliz de ser parte de LumenCor, volvió a sonreír”. Entonces, entendí que también le damos un sentido a la vida de los “constructores”: nuestros asistidos son como nuestros castillos de arena, que construimos con amor y abnegación; y nuestros voluntarios, son como la tropa de niños ángeles, que construyen castillos de arena, hasta el atardecer, hasta el final de sus vidas. No solo construimos castillos, también les damos un sentido a sus vidas y a las nuestras.

Al día siguiente, le comenté a Angie sobre el concepto de Georgie acerca de los castillos de arena. Pero ella me sorprendió, al decirme: “Es posible, aunque yo pensaría que son más bien como castillos de piedra. Nosotros somos como el agua, que suavemente, vamos moldeando a las personas más difíciles, con paciencia y amor. La fuerza del agua moldea las piedras más duras”, remató.

### *Una dialéctica de amor*

Los mensajes llegaban sin cesar a mi celular. Yo estaba en una cafetería comprando el desayuno para Luqui y sus hermanos.

—Sin café, por favor, solo leche caliente. Sí, tres vasos grandes. Ah... y un café con leche, para el abuelo Ruchi —le dije a la cajera.

—Ah... ¿vos también le decís “abuelo” al abuelito Ruchi? —me preguntó Luqui, asombrado.

Mientras tanto, Dante esperaba ansioso su turno.

—Vamos a otro lado, Jorge, acá te agarran todos tus clientes —me dijo, con cierto tono de fastidio.

Mis “clientes”, como les decía Dante, eran las personas en

situación de calle que yo ayudaba a diario. Dante se refería a ellos de forma un tanto despectiva, casi olvidando que él se encontraba en su misma situación. Dante había ido a la universidad, y él era “distinto” o, al menos, así se percibía. Frecuentemente, se ponía celoso y me recriminaba por qué pasaba tanto tiempo con personas en situación de calle: “Tenés tiempo para todos esos vagos, pero no tenés tiempo para mí”, me decía ofuscado, tratando de hacerme sentir culpable, al igual que un niño caprichoso que le reclama más atención a sus padres.

Dante era extremadamente introvertido y posesivo, y, por momentos, incluso me generaba cierto temor. En una ocasión hasta llegó a decirme: “Si no venís a verme, ya vas a ver lo que te va a pasar”. Sin embargo, Dante no quería hacerme daño. Él solo estaba desesperado por retenerme, por conseguir, como un “premio”, el afecto y la compañía de alguien; porque lo primero que les quita la “calle” es la noción de “valoración” por su propia persona: estar en situación de calle los sitúa en el rincón de los invisibles, los hace sentirse como algo que se descarta, como un “desecho”, algo inservible para la sociedad.

Ellos son conscientes de que ya no son útiles para su comunidad; entonces, obtener la atención y el respeto de alguien, que se encuentra, por así decirlo, “dentro del sistema”, se convierte en un bien preciado para ellos, tanto que cualquier “amenaza” por perderlo, puede conducirlos a entrar en pánico. Dante era inofensivo, simplemente estaba celoso, y asustado por perder a su mejor amigo.

Ser “incluidos” es la primera necesidad. No entremos aún en disquisiciones sobre la inclusión en el mercado laboral sino más bien centrémonos en lo que significa ser “incluidos” en una sociedad. Tanto los animales como los hombres, en su estado más primitivo, siempre han luchado por pertenecer a una manada o a

una tribu: el hecho de ser excluido de la manada o la tribu, implica el destierro y la muerte.

Existe un instinto y una necesidad muy fuerte, en cada uno de nosotros, como especie humana, por formar parte de una comunidad. Cuando excluimos a alguien no lo privamos solamente de bienes materiales o de la posibilidad de tener un empleo; de lo primero que lo privamos es de la percepción de sí mismo como una “persona”, digna de ser aceptada por sus pares.

La exclusión —en términos de “muerte”— implica que una persona que no se percibe como tal quiere destruirse a sí misma, replicando la actitud de rechazo que siente por parte de la sociedad. Las adicciones no son sino la otra cara de ese sentimiento de desprecio, que conduce a la autodestrucción. Lo primero que reparamos al “incluirlos”, es el valor y el amor hacia su propia persona. Luego, la aceptación y la inclusión de cada individuo por parte de la sociedad, contribuye indefectiblemente a la construcción de su propia identidad.

Mientras pensaba en todas estas cosas, comenzó a sonar mi celular. Los mensajes se habían multiplicado en todos los grupos. Eran malas noticias: “Osqui no pudo ingresar al hogar”. Intenté salir a la calle, para pensar con más claridad, pero Luqui y sus hermanos me habían rodeado, y no hacían más que manifestarme su amor y agradecimiento, con abrazos y gritos de algarabía, al mismo tiempo que Dante me reclamaba, por lo bajo, que nos alejáramos del tumulto y el bullicio. En medio de ese caos, yo trataba de encontrar una solución para Osqui, que pasaría esa noche en la calle, su primera noche, después de más de un año de internación en una Comunidad Terapéutica, para rehabilitarse de su adicción al alcohol.

Todo eso era común en mi vida; yo estaba acostumbrado; me

sentía como un trapequista en la noche, tratando de resolver las necesidades de todos. Sin embargo, sentía una profunda paz en el corazón; incluso les diré que vivía todo aquello con alegría; yo disfrutaba de mi misión, y, en medio de tantas tristezas y privaciones, yo era un consuelo en sus vidas; una vida absurda que no les daba explicaciones, que los privaba de lo material, pero aun así no podía robarle la inocencia a un niño.

Luqui, a pesar de todo, con su boca sucia y sus manos percutidas por la calle, sonreía; la ilusión de aquel niño permanecía intacta, y ese era un milagro. Todo aquello era un milagro; éramos invisibles para la sociedad, pero qué importaba; allí, sin lugar a dudas, estaba actuando la mano de Dios. ¿Y cómo lo sé? No solo por los frutos, sino por la efusión de vida que se daba entre todos nosotros. Allí no había nada, excepto pobreza, pero en aquel pequeño momento, había alegría.

¿Y eso cómo se explica? El Espíritu Santo estaba entre nosotros. Él nos visitaba, Él les regalaba felicidad a los más pobres. Yo era un privilegiado, todo aquello me daba “vida”, me nutría del afecto que me brindaban los más pobres, a quienes verdaderamente veía como los *más pequeños* del Reino (Mt 25,40), con sus imperfecciones, pero con un amor puro, como el de un niño. Ellos me necesitaban a mí, y yo a ellos. Era una dialéctica de amor.

Ellos le dieron un sentido a mi vida. Mi misión era acompañarlos, ser su guía, conducirlos por el buen camino. Y, a cada paso, a pesar de los obstáculos que se sucedían a cada instante, yo tenía la plena certeza de que Dios estaba a nuestro lado. Él estaba al mando de ese “barco”; yo me sentía un “pescador de hombres” (Mt 4,19), y quise remar mar adentro. Aquellas eran solo pequeñas olas, diminutas pruebas, que, en el fondo, eran una oportunidad para demostrarle mi amor y mi confianza a Dios, con una entrega absoluta.

Yo era feliz siendo un servidor de mis *hermanos más pequeños*. Allí estaba yo, como un padre para todos ellos, un sembrador de sueños y esperanza, cuya única misión era mostrarles el lucero (Ap 22,16), aquella luz en lo alto, que guiaría sus vidas; yo tenía en mis manos el timón, y mi responsabilidad era conducirlos hacia buen puerto, en medio de las innumerables tentaciones de la oscuridad en que vivían.

Aquella noche, mi padre dejó sobre mi escritorio, un pequeño papel donde escribió: “La luz es más brillante, en la noche más oscura”. Y profundamente conmovido, sin poder explicarlo, guardé aquel papel como un tesoro. Sin embargo, la luz no me pertenecía, yo simplemente era un reflejo del Amor de Dios, que palpitaba en mi corazón. Yo creo que ellos veían algo de esa luz en mis ojos, y por eso confiaban en mí.

Entonces, en ese momento, mientras compartíamos el café, con Dante, el abuelito Ruchi, Luqui y sus hermanos, entendí la diferencia entre la caridad y el asistencialismo. Yo no les compro un café, yo tomo un café con ellos. Esa es la principal diferencia. Cada gesto de amor, por más pequeño que sea, es mucho para ellos, y resignifica sus vidas. No fue nuestra “ayuda” la que cambió sus vidas, sino nuestro “amor”. Eso es caridad. Eso eleva al prójimo, y lo convierte en nuestro hermano.

Todos necesitamos sentirnos amados, esa es la primera necesidad. La falta de amor es el obstáculo más grande que encuentra el ser humano, para sentirse realizado y alcanzar la felicidad. Un corazón que ama y se siente amado, no tiene límites, es infinito. En eso somos semejantes a Dios, en nuestra capacidad de amar. Sin amor, no somos nada. Precisamente por esa razón, es que nosotros no venimos simplemente a “dar de comer”, venimos a compartir nuestro amor con los demás, y ese es el principal elemento que transforma la vida del prójimo, porque el amor es

un elemento dinámico, que cambia la vida de las personas, desde adentro hacia afuera. La misión de LumenCor es sembrar amor en los corazones heridos.

Aquella noche, recibí un mensaje de Mauricio, me decía: “El amor cura, hermano”. Y nada más cierto. Porque a ellos, a las personas en situación de calle, las hieren con el desprecio y el rechazo, y luego necesitan amor para sanar. El primer problema es la falta de amor. El dolor es el que no les permite avanzar. Y este fue mi primer gran descubrimiento, luego de trabajar más de una década con personas en situación de calle. Al sanarlos con nuestro amor les abrimos un mundo de nuevas posibilidades. Porque el amor es el combustible más poderoso del universo.

## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b> .....	11
----------------------	----

### **PREFACIO**

<b>Compartir, la lógica de LumenCor</b> .....	15
El Secreto del Amor .....	18
Aceptar el regalo de Dios .....	20

### **PARTE I: CASTILLOS DE ARENA**

<b>Constructores de sueños</b> .....	23
--------------------------------------	----

#### **I. UNA DIALÉCTICA DE AMOR**

<b>LumenCor cambia la vida de las personas</b> .....	25
Castillos de arena.....	27
Una dialéctica de amor.....	29

#### **II. SOLDADO DE CRISTO**

<b>Mi misión, dar la vida por mis hermanos</b> .....	35
Un nuevo camino.....	37
Soldado de Cristo.....	39

#### **III. VOLVER A LA CALLE**

<b>La calle no es una opción</b> .....	47
Volver a la calle.....	49
Somos socios .....	53

#### **IV. ¿Y VOS POR QUÉ AYUDÁS?**

<b>El amor, la verdadera razón para ayudar</b> .....	59
Una pesada cruz .....	61

El regalo más grande .....	64
----------------------------	----

## **V. MIS AMIGOS**

<b>Lo hicimos todo por amor</b> .....	69
La razón para seguir.....	71
¡Hoy me pican las ideas! .....	74
Mis amigos .....	76
¡Estamos juntos! .....	78

## **VI. NO DEJARLO CAER**

<b>Caer significaba volver al abismo</b> .....	81
No dejarlo caer .....	83
El alcohol no perdona.....	86

## **VII. EL ROSTRO DEL AMOR**

<b>La paz de un corazón que ama</b> .....	91
Simplemente amor .....	93
El rostro del amor.....	97

## **VIII. EL PARTIDO DE LA VIDA**

<b>Salir a la cancha a darlo todo</b> .....	103
Ustedes son mis ángeles.....	105
Buscar el equilibrio.....	109

## **PARTE II: HIJOS DE LA LUZ**

<b>Crean en la luz</b> .....	115
------------------------------	-----

## **IX. CASTILLOS DE LUZ**

<b>LumenCor, esa lucecita que irradia cada uno de nosotros</b> .....	117
--	-----

Castillos de Luz .....	119
Hay que ponerse en acción.....	122

## **X. LA VOLUNTAD DE UN HOMBRE**

<b>No hay barreras para un alma con determinación .....</b>	<b>127</b>
The will of a man .....	129
Corazones de luz .....	132

## **XI. LA RIQUEZA DE LOS MÁS POBRES**

<b>La belleza de un mundo invisible .....</b>	<b>135</b>
Compartir nuestro amor .....	137
Estoy a salvo en la misión.....	141

## **XII. QUE LA CRUZ SEA TU LUZ**

<b>Contemplar la Cruz de Cristo .....</b>	<b>149</b>
Capitán, no deje hundir su barco.....	151
Somos valiosos para Dios.....	156

## **XIII. ALMA DE MISIONERO**

<b>Reunir al rebaño .....</b>	<b>159</b>
Él era su propio verdugo .....	161
Dios tiene un plan para vos .....	164

## **XIV. ¡AFÉRRATE A MÍ!**

<b>Yo quiero ser feliz .....</b>	<b>169</b>
¡Aférrate a mí! .....	171
Yo quiero ser feliz .....	174

## **XV. NO DEJARSE MORIR**

<b>Salir de la calle significa nacer de nuevo .....</b>	<b>181</b>
---	------------

¡No dejarse morir! .....	183
El misterio de su cruz.....	185

## **XVI. TIEMPO DE PERDONAR**

<b>Una nueva oportunidad</b> .....	191
¡No quiero volver a la calle! .....	193
Tiempo de perdonar .....	201

## **PARTE III: LA METAMORFOSIS**

<b>Caer en el abismo</b> .....	203
--------------------------------	-----

## **XVII. LA METAMORFOSIS**

<b>Cayendo en el abismo</b> .....	205
La metamorfosis.....	207
Lastimarse a uno mismo .....	212

## **XVIII. YO TE QUIERO AYUDAR ¡HOY Y SIEMPRE!**

<b>No me daré por vencido</b> .....	215
Sanar las heridas del pasado .....	217
Detrás de toda adicción.....	218

## **XIX. ¡DEJA ENTRAR EL AMOR A TU VIDA!**

<b>El primer paso para sanar</b> .....	223
Compartir el dolor .....	225
El amor golpea a tu puerta .....	230

## **XX. UNA MISIÓN COMPARTIDA**

<b>Dios fue nuestro testigo</b> .....	235
Dios fue nuestro testigo.....	237
Una misión compartida.....	241

## **XXI. COMO LAS ALAS DE UN ÁNGEL**

<b>Ser sostén para los más necesitados</b> .....	247
Sembrar en el desierto ... ..	249
Atrapado en su propia existencia.....	254

## **XXII. UN REFUGIO EN SU SOLEDAD**

<b>La amistad ahuyenta cualquier fantasma</b> .....	259
Atravesar el desierto .....	261

## **XXIII. UNA ECUACIÓN DE AMOR**

<b>El verdadero amor trasunta alegría</b> .....	271
Me mueve el amor.....	273
Helado de duraznos .....	276

## **XXIV. UN CAMINO DE AMISTAD**

<b>Señor, te agradezco por el sol de cada día</b> .....	281
Camino a la sanación.....	283
¡Hoy es un gran día! .....	285

## **PARTE IV: EL LUGAR DE SUS SUEÑOS**

<b>Un futuro de luz</b> .....	291
-------------------------------	-----

## **XXV EL LUGAR DE SUS SUEÑOS**

<b>¡Quiero cambiar mi vida!</b> .....	293
El lugar lleno de luz.....	295
Una prueba inesperada.....	300

## **XXVI. SIN RUMBO CIERTO**

<b>Cuando la Providencia actúa</b> .....	307
Confiar en la Providencia .....	309

## **XXVII. SOBREVIVIR**

<b>Dar batalla en la adversidad</b> .....	317
Solo pensaba en sobrevivir.....	319
Como a un hermano.....	324

## **XXVIII. NO ME VOY A HUNDIR**

<b>Ustedes me devolvieron la esperanza</b> .....	329
Hoy llueve en mi corazón.....	331
Escuchar la voz de Dios.....	334

## **XXIX. UNIDOS EN LA TORMENTA**

<b>Construir nuestro propio destino</b> .....	339
Caminar al amparo de Dios.....	341
Permanecer unidos.....	345

## **XXX. RECUPERAR LO PERDIDO**

<b>Construir castillos en las montañas</b> .....	351
Nadie es pobre en esencia... ..	353
Cuanto mayores son las pruebas... ..	356

## **XXXI. TIEMPO DE BUSCAR SOLUCIONES**

<b>Humildes servidores de Dios</b> .....	363
Víctima de las decisiones de nadie.....	365
Una puerta de esperanza.....	368

## **XXXII. ¡NO TE DES POR VENCIDO!**

<b>Asumiendo grandes riesgos</b> .....	373
Asumiendo grandes riesgos.....	375
¡No te des por vencido!.....	377

## **PARTE V: LA PAZ DEL GUERRERO**

**La armadura de Dios** .....387

### **XXXIII. UN LEÓN HERIDO**

**Cuando se rompe la confianza** .....389

En medio de lobos .....391

### **XXXIV. UN ÁNGEL EN LA NOCHE**

**Él estuvo presente desde siempre** .....399

Un ángel en la noche .....401

Dios siempre estuvo presente .....405

### **XXXV. NUESTRO TESORO**

**La luz que brilla en nuestro corazón** .....409

Nuestro tesoro .....411

### **XXXVI. LA LUZ DE CRISTO**

**Un bálsamo en mis heridas** .....419

La Justicia de Dios .....421

La Luz de Cristo.....423

### **XXXVII. SER UN PADRE PARA TODOS**

**¡No los dejaré solos!** .....427

¡No los dejaré solos! .....429

### **XXXVIII. DIOS CAMBIA LOS PLANES**

**Lo imposible se hace posible** .....437

Dios cambia los planes.....439

Mi refugio en esta vida .....442

### **XXXIX. EL OJO DE LA TORMENTA**

<b>Bueno es poner la confianza en Dios</b> .....	447
El ojo de la tormenta.....	449
Solo vos y Dios.....	453
Acá encontré mi hogar.....	456

### **XL. UNA VIDA QUE FLORECE**

<b>El arcoíris del mundo</b> .....	459
Una vida que florece .....	461

### **XLI. LA PAZ DEL GUERRERO**

<b>Cumplir con la misión</b> .....	469
Una noche bendecida por Dios .....	471

### **EPÍLOGO**

<b>La integración, el mayor desafío</b> .....	479
Crear en la utopía.....	481
Nuestro tesoro está en el Cielo.....	491